

Las formas autoritarias del nacionalismo y el conservadurismo latinoamericanos

Cristián Buchrucker*

1. Aproximación a la problemática

En este breve trabajo me voy a referir a tres tipos de fenómenos que suelen mencionarse en el marco de estudios comparativos de las formas autoritarias del nacionalismo y el conservadurismo:

- a) ciertas agrupaciones de ultraderecha surgidas en la década de 1930;
- b) los movimientos y regímenes "populistas" y
- c) las dictaduras militares de los años 60 y 70.

Los países que servirán como ejemplos de casos concretos serán Argentina, Brasil, Chile y Bolivia. Cuando se haga el intento de ubicarlos en el contexto histórico-ideológico global, se tendrán en cuenta los movimientos y regímenes fascistas y autoritarios de Italia, Alemania, España y Portugal.

El primer paso consistirá en efectuar una revisión crítica de algunas tesis importantes relativas a esta problemática. Thamer y Wippermann (1977), Germani (1978), Kühnl (1979), Lewis (1980), Wiarda (1980 y 1985), Perlmutter (1981), Andrain (1983), Trindade (1983), Rubin (1987), García Delgado (1989), Pion-Berlin (1989) y Rouquié (1991) resultarán especialmente interesantes en tal sentido. Mi propia aproximación a la temática se ha producido a lo largo de dos vías interconectadas: por un lado, la de estudios sobre la dimensión europea y mundial de las ideologías contemporáneas (Buchrucker 1987a, 1988a, 1991a y b), y por el otro, a través de investigaciones referidas a nuestro país (Buchrucker, 1985, 1987b, 1988b y 1993).

En el campo teórico-metodológico debo reconocer la deuda intelectual que trabajos como el presente tienen con algunos autores clásicos para la cuestión de las ideologías especialmente Mannheim (1941), Ferrero (1945), Bracher (1982), Sontheimer (1978) y Nolte (1969, 1971). También existe una incorporación de ciertas perspectivas emanadas de estudiosos del conflicto tales como Deutsch (1971), Senghaas (1981) y Galtung (1990). En esta posición

* Director de la Escuela de Relaciones Internacionales, Mendoza, Argentina.

favorable a una estrecha interrelación entre la historiografía y las ciencias sociales coincide una línea que sostienen, entre otros, historiadores como Wehler, Puhle, Mommsen y Rüsen (ver Kocka y Nipperdey, 1979 y Rüsen, 1986),

Este trabajo penetra en la problemática a lo largo de una serie de interrogantes: el primero se refiere a los resultados que nos proporcionan las comparaciones entre los casos europeos y latinoamericanos; el segundo se ocupa de las diversas posibles explicaciones de la perduración de las formas políticas autoritarias en la América Latina posterior a 1945; por último se propone un análisis sistemático que compara las interrelaciones entre ideologías, mentalidades y condicionamientos económico-sociales del nacional-populismo y del conservadurismo autoritario.

2. Nacionalismo, populismo, conservadurismo y fascismo

2.1. Preguntas y respuestas polémicas

¿Hasta qué punto son comparables las formas autoritarias del nacionalismo y conservadurismo latinoamericanos con fenómenos aparentemente similares de Europa, en especial con el fascismo? Referida esta primera cuestión a una serie de agrupaciones políticas de extrema derecha, surgidas en la década de 1930 y con prolongaciones hasta la actualidad, no se dan dificultades demasiado grandes para responder. En la Argentina podrían ser mencionadas la "Legión Cívica Argentina" y la "Alianza Libertadora Nacionalista", posteriormente "Tacuara", "Guardia Restauradora Nacionalista" y el "Movimiento Nacionalista de Restauración"; en Brasil, la "Acción Integralista Brasileña" de Plinio Salgado, además de "Tradicción, Familia y Propiedad"; en Chile el "Partido Nacional Socialista" de González von Marées y "Patria y Libertad"; y en el país del Altiplano la bastante longeva "Falange Socialista Boliviana".

En todos los casos mencionados se advierten coincidencias en el programa y el estilo político, así como influencias abiertamente reconocidas, todo lo cual permite identificar la familia ideológica a la que pertenecieron estos movimientos. El nacionalsocialismo alemán, con su énfasis en los temas racista y antisemita, resultó ser el modelo europeo relativamente menos atractivo. Las afinidades socioculturales dadas en nuestro continente facilitaron en mayor medida la aceptación de contenidos ideológicos del fascismo italiano, el maurrasismo francés, el salazarismo portugués y el falangismo español. De esta manera cabe ubicar a los casos sudamericanos en las categorías de "proto" y "semifascismo" (ver Bernard y otros, 1973; Trindade, 1974; Potashnik, 1974 y Buchrucker, 1987). Pero una vez logrado este resultado, que refleja un consenso bastante amplio en la actualidad, habrá que reconocer también que la importancia histórica de esas agrupaciones, medida por su acción autónoma, no ha sido grande. Este juicio puede modificarse en alguna medida si se dirige la atención a su influencia indirecta, pero lo cierto es que

cuando se trata de los nacionalismos latinoamericanos del siglo XX, el principal interés y las más encendidas polémicas se han dado en torno al populismo.

Para algunos autores la clave interpretativa de los movimientos y regímenes de Getúlio Vargas y en especial de Juan Perón estaría en su categorización como "fascistas". Este enfoque predominó en los años 60, sobre todo en la bibliografía norteamericana y europea (Bardèche, 1961, Mosse y otros, 1966; Fayt 1967; Ebenstein, 1968 y Gregor 1968). Después de un cierto eclipse, la tesis retornó con vigor en la década de los 80 (Lewis, 1980; Sebrelí, 1983 y Wynia, 1986). Paralelamente a esta corriente se desarrolló otra línea de trabajos que, sin dejar de señalar semejanzas con el fascismo, menciona también las diferencias, expresando sus dudas sobre la aplicabilidad plena de la categoría (Thamer y Wippermann, 1977; Payne, 1982 y Needler, 1987).

Por último cabe decir que desde fines de los años 70 ha ido aumentando el número de estudiosos que consideran el populismo latinoamericano ante todo como una forma propia de la región, a cuya interpretación las comparaciones con los fascismos europeos sólo aportan conocimientos limitados. Éstos no fueron sino una influencia entre muchas otras y ese carácter híbrido impide establecer una simple identificación, siendo las diferencias de mayor entidad que las similitudes. Variaciones de esa manera de enfocar la cuestión se pueden ver en Kitchen, 1976; Viñas, 1977; Trindade, 1983; González Casanova, 1986; Buchrucker, 1987 y 1988b; Miguens, 1988 y Chumbita, 1989.

A partir de la década de 1960, y con más intensidad en la siguiente, la atención de observadores de la realidad latinoamericana se desplazó hacia las nuevas dictaduras militares, las que, muy lejos de las movilizaciones populistas, representaron las posiciones más duras del conservadurismo. La búsqueda de una interpretación adecuada de los casos del Brasil entre 1964 y 1985, Argentina entre 1966-73 y 1976-83 y Chile entre 1973 y 1990, dio origen a una abundante bibliografía. Varios estudiosos del tema han considerado que aquí puede hablarse de "neofascismo dependiente" (Viñas, 1977; Briones, 1978 y Kühnl, 1979), "subfascismo del Tercer Mundo" (Chomsky y Herman, 1979) o simplemente "fascismo militar" (en un importante estudio comparativo: Andrain, 1983). Pero también para este fenómeno existen enfoques que consideran más acorde con la realidad el uso de otra terminología. Así Rouquié, reteniendo la observación de que se trataba de "equivalentes funcionales del fascismo", prefiere llamarlos "sistemas autoritario-conservadores" (Rouquié, 1991, siguiendo a Touraine, y de manera similar Rubin, 1987), O'Donnell y Collier hablan del "modelo burocrático-autoritario" (ver Collier, 1985) mientras que otros ponen el acento en lo "pretoriano-corporativo" (Perlmutter, 1981) o acuñan nuevos términos como "estrategocracia" (Tapia Valdés, 1986).

La segunda pregunta que estimo crucial para toda esta problemática puede formularse de la siguiente manera: ¿Qué factores generales —y en especial, qué elementos de la cultura política— han sido los causantes de la larga duración de las tendencias autoritarias en la política latinoamericana, hecho que contrasta con el panorama europeo posterior a la Segunda Guerra Mundial?

Los estudios que han puesto mayor énfasis en los factores económicos y sociales, tanto desde la perspectiva de la teoría de la modernización, como de la de la dependencia, han realizado valiosos aportes a la resolución de esta cuestión. Pero paralelamente a su desarrollo fue creciendo la conciencia de que también había que profundizar el aspecto cultural e ideológico, ya que el ser humano no actúa simplemente en función de "la realidad", sino de acuerdo a lo que cree que es real. En este sentido resulta particularmente interesante la teoría de la "tradicción ibérica", tanto en su formulación integral, como en varias manifestaciones parciales menos elaboradas.

Para Howard Wiarda en América Latina compiten y se mezclan tres tradiciones político-culturales: la "ibérica", la "liberal-democrática" y la "socialista". Sin embargo, la primera, caracterizada como "elitista, jerárquica, autoritaria, corporativa y patrimonialista", seguiría siendo "la pauta dominante" (Wiarda y Kline, 1985, pp. 14-17 y p. 110). Dada esta situación, la recurrencia de los golpes de estado no sería difícil de entender: las elecciones "no tienen la legitimidad definitiva que les es reconocida en América del Norte", porque la violenta toma del poder sería parte de las "reglas cuidadosamente definidas" de la cultura política regional. En alguna medida, los golpes militares podrían verse como "el equivalente funcional de las elecciones al estilo norteamericano", ya que los dictadores militares habrían sido generalmente "centristas" (Wiarda 1980, pp. 32, 38, 63 y 285). Es interesante destacar que un estudio declaradamente "institucionalista" como el de Perlmutter (1981) tiende a aceptar mucho de esta teoría, puesto que para este autor los militares, la Iglesia y las masas populares latinoamericanas son la base humana de meras variantes ("populista" y "pretoriana") de un modelo básico de "Estado autoritario y corporativo". En este esquema apenas si queda algún angosto aspecto social de los estratos medios laicistas como posible portador de concepciones democráticas. Una adopción aun más completa del modelo interpretativo de Wiarda se encuentra en Fraga (1989), para quien la fuerte influencia política de los militares es un fenómeno "generalizado" y normal en esta parte del mundo. Esto se debería a la raíz histórica y cultural latina "y en particular hispánica", por lo cual el tipo del militar alejado de la política respondería a un modelo anglosajón presuntamente inaplicable.

Hay que mencionar luego una serie de estudios en los cuales tesis que guardan estrecha afinidad con la anterior aparecen de modo menos generalizado. Para una corriente, aquella tradición autoritaria, peligrosa para la libertad, estaría localizada ante todo en la línea "populista y nacional" (Del Barco, 1982), en su "proyecto corporativo" (Rock, 1985) o en el "paternalismo" propio de la "ideología del campesino" latinoamericano (Altmann y otros, 1983). Recientemente Pion-Berlin (1989) ha producido otra variación del tema al darle un lugar muy destacado a presuntas influencias de la doctrina social católica en lo que él denomina la línea "blanda" de la "Doctrina de la Seguridad Nacional".

La DSN sin duda es uno de los temas centrales a la hora de interpretar el rol del factor ideológico en la conformación de los regímenes autoritarios

del pasado reciente. Pero no hay acuerdo general cuando se trata de desmenuzarla en sus componentes y asignarles una jerarquía en relación con su procedencia. Mientras que desde la perspectiva de la teoría del autoritarismo "ibérico", la DSN no parece ser sino una de sus consecuencias contemporáneas, para otra línea de interpretación las influencias exógenas serían determinantes, concretamente, modelos franceses y norteamericanos difundidos desde 1960 (ver Chomsky y Herman, 1979, Lozada y otros, 1983, Barros y Coelho en Lowenthal y Fitch, 1986, y muy especialmente López, 1989). También cabe anotar la tesis de un autor militar —a menudo considerado un destacado representante de la DSN, el general (R.) Osiris Villegas—, quien niega la existencia de esa doctrina como conglomerado ideológico autoritario, sosteniendo en cambio que el pensamiento militar de estas latitudes ha sido siempre una expresión del principio "republicano y democrático" (Villegas, 1989).

Hace ya dos décadas Peter Worsley advertía que "aunque a menudo se lo niegue, el populismo es compatible a todas luces con la democracia" (Worsley, 1970, p. 303). En coincidencia con esta óptica, se ubican los trabajos que niegan la supuesta homogeneidad de una tradición ibérica autoritaria y destacan las raíces criollas de la democracia (Buchrucker, 1987b y 1988a, Carrizo de Muñoz, 1988, García Delgado, 1989). Es interesante destacar que la teoría de Wiarda tampoco ha logrado aceptación por parte de importantes latinoamericanistas estadounidenses como Needler (1987) y Skidmore y Smith (1984). De todas maneras es justo reconocer que tanto esa provocativa interpretación global y sus derivaciones, como la más específica discusión relativa a la DSN, constituyen temas cuyo estudio y discusión no habrán de agotarse tan pronto. No solamente por razones estrictamente históricas, por lo que la aclaración de esos interrogantes puede aportar a la intelección de la dimensión ideológica en la evolución del siglo XX latinoamericano, sino también por preocupaciones más inmediatas, considerando los muy recientes procesos de desintegración del consenso y amenaza a la democracia registrados en Venezuela y Perú, así como el posible efecto "modélico" de ciertos inquietantes fenómenos europeos.

2.2. *Obstáculos y avances en la historia de las ideologías*

En este apartado presentaré algunos resultados de mi propia línea de investigación, en la medida en que son relevantes para las dos cuestiones fundamentales mencionadas anteriormente. En primer lugar conviene recordar tres obstáculos principales en la marcha de los estudios historiográficos y politológicos referidos a estos temas:

- 1) La escasa consistencia de la base empírica lo cual forzosamente lleva a conclusiones muy discutibles. Este ha sido el principal inconveniente en muchos trabajos europeos y norteamericanos, cuando han mencionado casos latinoamericanos sin contar con una documentación suficiente y críticamente depurada (un ejemplo de esto se encuentra en Bracher, 1982).

2) La falta de precisión conceptual y de marcos sistemáticos para el análisis comparativo. A menudo no se ha tenido en cuenta la exigencia de Trindade (1983) de que “para determinar el carácter fascista” —o realizar cualquier otra categorización— de un movimiento político deben articularse por lo menos tres componentes típicos: “la ideología, la base social y la organización”. Tanto esta deficiencia, como la anterior, sea por separado o conjuntamente, son muy visibles en Fayt, 1967; Ebenstein, 1968; Gregor, 1968; Viñas, 1977; Briones, 1978; Lewis, 1980; Perlmutter, 1981; Sebrelí, 1983; Wynia, 1986. Especialmente irritantes resultan estas falencias en Rock, 1993, obra que ofrece algunas citas dudosas y una serie de tesis mal fundadas (por ejemplo, la de que el fascismo no sería sino “un tipo perverso” del socialismo).

3) Una cierta estrechez del ángulo de visión que se manifiesta en el desinterés por confrontar los enfoques y resultados propios con los de otras corrientes teórico-metodológicas. Altmann y otros, 1983; Sebrelí, 1983; Rock, 1985 y Fraga, 1989 pueden mencionarse como ejemplos claros de esto.

Los avances que se han producido, especialmente en los últimos años, se deben a la creciente superación de esos obstáculos, cosa que no implica caer en la ingenuidad de creer que se terminaron todas las discrepancias entre los investigadores. Pero hoy la discusión se realiza en otro nivel, sobre un fundamento más firme de resultados generalmente aceptados (véanse por ejemplo, las diferencias en torno a populismo, democracia y autoritarismo entre Di Tella, 1985; García Delgado, 1989; Germani, 1978; Skidmore y Smith, 1984; Buchrucker, 1987b y 1988a; Torreani y Simón, 1986 y Torre, 1989).

En lo que hace a la primera pregunta que he planteado en estas páginas, haré algunas reflexiones recurriendo a un marco analítico que he venido utilizando en diversos trabajos. Se trata de una reelaboración de criterios establecidos originariamente por Nolte (1969 y 1971), pero resulta compatible con otras propuestas para la comparación sistemática, como las de Hagtvet y Kühnl, 1980; Payne, 1982 y Andrain, 1983. Dicho marco comprende: 1) la constelación de factores en la génesis del movimiento y las condiciones de su acceso al poder; 2) las bases sociales; 3) la caracterización de la ideología y 4) la estructura del régimen y las orientaciones de su acción política. Si se aplica esto a los clásicos fascismos europeos de la entreguerra, los nacional-populismos latinoamericanos (me referiré concretamente al peronismo y al varguismo) y las dictaduras militares recientes, se pueden sintetizar las conclusiones de la manera que sigue.

Existen algunas similitudes. En el caso de la comparación entre el fascismo y el populismo, se trata del papel destacado del líder y de las tendencias autoritarias tendientes a restringir ciertas libertades individuales. Con todo, los casos latinoamericanos nunca llegaron en esto a extremos comparables con Italia y Alemania. Las dictaduras militares de los años 70 se acercan a esos modelos por el primordial rol del miedo a la amenaza comunista en su génesis y por la gran intensidad del terrorismo estatal. Sin embargo, la evidencia disponible indica como más importantes las numerosas diferencias. En lo que hace a los populismos, la constelación genética tiene

un perfil poco asimilable al de Europa. Esos movimientos no destruyen la democracia sino que vienen después de etapas oligárquicas. Tampoco se parecen las bases sociales, ni aspectos claves del discurso ideológico; faltan el elitismo y el expansionismo fascistas. En lo que se refiere al régimen, no hay milicia partidaria, ni economía de orientación bélica, ni aniquilamiento de la oposición. Por otra parte, tampoco es posible asimilar sin reservas las dictaduras militares sudamericanas al modelo fascista. Entre las divergencias más notables se encuentran: 1) la falta de un partido de masas; 2) la ideología mucho más cargada de liberalismo económico y restos pseudodemocráticos; 3) el protagonismo político del tradicional cuerpo de oficiales, hecho que marca un fuerte contraste con la curiosa mezcla de civiles y excombatientes socialmente resentidos que constituyeron el núcleo originario de los movimientos fascistas.

Sin embargo, existieron en Europa a partir de la década del 30 algunos regímenes, los cuales reunidos por Schieder (1979) en la categoría de "Estados autoritarios" son mucho más útiles para una comparación con la situación latinoamericana de los años 60 y 70. Tanto en lo que hace a los orígenes (una crisis interna, no una guerra), como en su composición social, apoyos institucionales, ideología y estructura, las dictaduras del Cono Sur muestran notables semejanzas con el salazarismo portugués y el franquismo español. La influencia doctrinaria de este último incluso fue abiertamente reconocida en algunos casos (Onganía y Pinochet). Las diferencias se reducen a dos rasgos que emanan del cambio de época. En nuestro continente aparece más reducido el espacio de maniobra internacional de los regímenes militares, dada la hegemonía norteamericana; además, el clima mundial de la cultura política emergente de la derrota del Eje en 1945 imposibilitó que se articulara un discurso crudamente antidemocrático como el que utilizaron las dictaduras ibéricas en los primeros años de su existencia.

En vista de las consideraciones precedentes, parece adecuado hablar de sistemas autoritarios-conservadores de la Guerra Fría en Latinoamérica, como expresiones regionales de un fenómeno histórico más amplio, en el cual ocupan un rol precursor las ya mencionadas dictaduras de la entreguerra, que después de 1945/46 se convirtieron en la variante "sudeuropea" del autoritarismo de la Guerra Fría (ver Buchrucker, 1991b). También puede detectarse un núcleo significativo de rasgos fascistas en la política de la región, núcleo que se desplegó a través de tres figuras históricas diferentes. En sus comienzos se configuró como fuerza autónoma, en intentos como la "Legión Cívica" argentina, el integralismo brasileño, la "Falange" boliviana y el "nacionalsocialismo" chileno. A partir de los años 40, el fracaso total de este experimento llevó a algunos de sus adherentes a intentar una segunda alternativa constituyéndose en el ala ultraderechista de coaliciones populistas. Por último, en la década del 70 predominó una tercera opción, en la cual las agrupaciones semifascistas figuraron como socios menores dentro del conglomerado que apoyó los sistemas autoritarios-conservadores. Las grandes líneas de esta evolución están claras, pero resta mucho por hacer en la investigación detallada de los diversos casos nacionales.

Pasaré ahora a la segunda cuestión polémica, la que se refiere a la fuerza de los elementos autoritarios en la cultura política latinoamericana. Conviene comenzar por reconocer un hecho básico: si el factor económico fuese tan importante como muchos deterministas de ambos extremos creen, entonces casos como el de la India y Costa Rica, que desde hace decenios combinan economías subdesarrolladas con democracia política no deberían existir. De allí que investigaciones recientes hayan vuelto a prestarle renovada atención a otras dimensiones de la realidad, entre ellas a la de las ideas.

Por esa vía como por cualquier otra, se puede caer en generalizaciones apresuradas y poco consistentes. Esto es lo que pasa con la teoría de la "tradición ibérica", supuestamente autoritaria sin fisuras, tal como la ha formulado Wiarda. Por un lado, se basa en una lectura muy parcializada del pasado colonial, que no toma en cuenta elementos de autogobierno como los cabildos, ni teorías antiabsolutistas como las del pactismo suariano; por el otro, contiene afirmaciones absurdas y aun ofensivas sobre el siglo XX latinoamericano, siendo la principal de ellas la que sostiene que en estas latitudes los golpes de estado son considerados no menos legítimos que las elecciones. Más allá de las intenciones del autor, que pueden ser inocentes, lo cierto es que las conclusiones que derivan de esta teoría sólo puede servir como apología académica de alguna pseudo-democracia "tutelada" como la que Pinochet pretendió instaurar en Chile durante los años 80.

Si las posiciones de Wiarda, Perlmutter y Fraga se debilitan por la generalización excesiva y mal documentada, tampoco resultan muy convincentes sus derivaciones, en la medida en que tienden a "localizar" unilateralmente el potencial ideológico autoritario en la línea política populista. Otra variante de la localización arbitraria se da en la polémica en torno a la Doctrina de la Seguridad Nacional. Para quienes parten de una posición cercana a la de Wiarda, los rasgos represivos de la DSN no serían sino una manifestación más de la tradición hispánica —con lo cual se elude analizar el tema de las influencias exógenas—. Para otros autores, estas últimas ocupan tanto el centro de la escena, que resulta subestimado el papel de los factores endógenos (así en Lozada y otros, 1983 o López, 1989).

Hay que decir que en Pion-Berlin, 1989 se encuentra uno de los intentos más interesantes de efectuar un análisis del rol histórico-político de la DSN, tratando de evitar parcializaciones como las que he criticado. Con todo, hay allí una mención de la doctrina social católica que estimo superficial y algo anacrónica, ya que tiende a desconocer el hecho de que justamente algunas de las refutaciones más completas y serias de la DSN provienen de autores identificados con el pensamiento católico.

Mi enfoque de la DSN (referido al caso argentino) la ubica dentro del marco más amplio de lo que llamo "pensamiento político-militar", una zona dotada de cierta ambigüedad inevitable, en la que se encuentran las orientaciones estratégicas con relevancia política y las ideas específicamente políticas que estructuran la relación entre el mundo civil y militar. Muchas de las dificultades que plantea el tema derivan de esta bipolaridad. Para un observador civil son bastante obvias las implicancias ideológicas que tiene la DSN. Pero

desde una perspectiva castrense esto es mucho menos visible, porque hasta mediados de los 80 la educación militar tendía a internalizar la DSN como una parte del conjunto mayor de los saberes técnico-profesionales, propios de la institución y presuntamente “ajenos” a lo político, puesto que muchos militares latinoamericanos creían que “política” era sinónimo de “lucha de partidos” (esto explica buena parte de la curiosa tesis de Villegas, 1989).

Partiendo de una cuidadosa relectura de las publicaciones militares aparecidas entre las décadas de los 60 y 80 (ver bibliografía) se pueden identificar seis temas recurrentes: 1) una particular caracterización del sistema político vigente (en donde “república” aparece diferenciado y preferido frente a “democracia”); 2) un rol económico “desarrollista” para las Fuerzas Armadas; 3) virtudes corporativas (de los militares) frente a defectos colectivos (de los civiles); 4) la sobrestimación del factor “Guerra Fría” en la vida interna del país; 5) el predominio de un “geopoliticismo de confrontación” en la evaluación de las relaciones con los estados vecinos; 6) el rol de élite política sustituta para las Fuerzas Armadas (ver detalles en Buchrucker, 1993).

Para el estudio de la evolución ideológica de la Argentina reciente esta caracterización global debe ser desplegada, efectuando diversas distinciones. En ningún momento se dio la adhesión de todos los militares a las seis tesis mencionadas; hubo más bien aceptaciones selectivas y combinaciones variadas, de las que derivaron buena parte de los conflictos que vivió la institución. Generalmente fueron considerados militares “liberales” los que se identificaron primordialmente con el primer y cuarto tema, mientras que se entendían como “nacionalistas” quienes asumían el segundo, tercero, quinto y sexto. Los “populistas” discrepaban fuertemente con el primero, cuarto y quinto. Mientras que entre 1955 y 1976 el panorama era el de una constante puja entre estas tres variantes del pensamiento militar (siendo la populista siempre la más débil), la etapa 1976-1983 presenció la hegemonía de lo que vino a ser la DSN en el sentido clásico del término, que engloba todos los temas mencionados, reduciendo fuertemente el peso del rol “desarrollista” y dando una prioridad clara al cuarto y sexto.

Sobre la base de lo antedicho se hace obvia la estrecha relación del pensamiento militar con las influencias emanadas del medio civil argentino. Sería un cómodo descuido hablar siempre de las doctrinas contrainsurgentes norteamericanas y francesas, dejando de lado la poderosa influencia de los textos de Leopoldo Lugones y Jordán B. Genta, quienes ya en los años 30 y 40 anticiparon los temas cuyo potencial antidemocrático es el mayor —es decir, el primero, tercero y sexto—, siempre presentes en la apologética golpista del último medio siglo (ver Buchrucker, 1987b).

3. Temores, intereses y memorias colectivas en América Latina

El avance en la precisión analítica y crítica de los estudios en historia de las ideologías naturalmente debe incluir la pregunta por la interrelación entre las ideas y otras dimensiones de la realidad. En este sentido siempre habrá

que tener en cuenta el momento histórico formativo y las coaliciones sociopolíticas, dimensiones a través de las cuales las representaciones se enraizan en los hechos. En las consideraciones que siguen también se incluirá una categoría analítica más cercana a la psicología social, pero que me parece sumamente útil: la de "mentalidad". Tratando de determinar las similitudes y diferencias entre diversos populismos y regímenes conservadores autoritarios, tomaré como representativos trece casos de cuatro países: Argentina, Brasil, Chile y Bolivia. Los siete casos populistas son: Perón (1946-55); Cámpora/Perón/Martínez de Perón (1973-76); Vargas (1951-54); Quadros y Goulart (1961-64); Ibáñez (1952-58); los gobiernos del MNR boliviano (1952-64) y Ovando y Torres (1969-71). Los seis períodos conservadores autoritarios son los siguientes: la "Revolución Argentina" (1966-73); el "Proceso" (1976-83); los gobiernos militares brasileños desde Castello Branco hasta Figueiredo (1964-85); Pinochet (1973-90); Barrientos (1964-69) y Banzer (1971-78).

3.1. Análisis y comparación: los nacional-populismos

Las primeras observaciones se refieren al tema de la situación histórica inicial de estos movimientos y regímenes; siguen luego otras relativas a la caracterización de la coalición sociopolítica; y para terminar me ocuparé con cierto detenimiento de ideología y mentalidad.

El *contexto genético* de los populismos latinoamericanos presenta, a un nivel de generalización, los siguientes rasgos: a) fuerte activismo/intervencionismo de la potencia hegemónica del hemisferio, la cual mantiene buenas relaciones con el gobierno nacional desprestigiado; b) el sistema político prepopulista descansa sobre un consenso de legitimidad muy frágil y su base real es de tipo oligárquico; c) se da una crisis económica o un incremento marcado de las demandas económicas de los estratos sociales bajos y medio-bajos. Una lectura comparativa de trabajos serios que reflejan distintas orientaciones teórico-metodológicas permite descubrir que en lo esencial hay un amplio consenso en esta caracterización (ver Skidmore y Smith, 1984; González Casanova, 1986 y Wiarda y Kline, 1985).

Este cuadro genético debe ser completado con ciertas diferenciaciones. Quizá la más importante es que las "segundas" experiencias populistas (de los años 60 y 70) parecen reproducir las condiciones genéticas de las primeras sólo de manera aproximada e imperfecta. El clima de opinión internacional tiende a serles más adverso, dada la creciente desconfianza de los Estados Unidos, que ven estos fenómenos como altamente disfuncionales en su esquema universal dualista de la Guerra Fría. Esto se advierte, por ejemplo, en el Brasil de 1961 si se lo compara con el de 1951. El caso de Chile presenta algunas particularidades muy interesantes: si bien a comienzos de la década del 50 se hace visible una coyuntura genética de tipo populista, ésta no volverá a repetirse, y el populismo ibañista no tendrá ni continuidad ni renacimientos (ver el capítulo correspondiente en González Casanova, 1986). Uno de los factores claves en este desarrollo parece haber estado en el hecho

de que ya a mediados de los 30 Chile había logrado consolidar un consenso básico pluralista entre sus principales fuerzas políticas, consenso que logró resistir por décadas el embate de los conflictos. En cambio, la incapacidad para forjarlo fue, en diferentes grados y formas, el rasgo común de la política argentina, brasileña y boliviana.

En un nivel de primera aproximación al tema, la evidencia aportada por la mayoría de las investigaciones permite caracterizar a los populismos como *coaliciones* en las que predominaron los estratos socioeconómicos bajos y medio-bajos, conducidos por un liderazgo fuertemente personalista. En un plano más específico, cabe señalar matices como al de un menor protagonismo del elemento obrero en el caso chileno comparado con el argentino, mientras el Brasil parece ubicarse en un punto intermedio entre los dos casos citados (ver una sistematización de estas diferencias en Di Tella, 1985, Cap. XI). En cuanto a Bolivia, las tensiones internas del MNR parecen haber sido siempre más críticas que los fenómenos comparables en el caso argentino. Con respecto al componente militar, fue sin duda en el ibañismo menos importante que en los otros casos. En el tema de las alianzas sociopolíticas conviene señalar el intento comparativo de Skidmore y Smith como uno de los más interesantes y sistemáticos, siendo de lamentar la escasa atención que recibió en nuestro medio. Pero también esos autores incurren en algunos excesos de simplificación, que se alejan demasiado de toda base empírica. Así ocurre cuando en el análisis del peronismo de 1946-55 se presenta al "estado" y la "clase media" como actores homogéneos (Skidmore y Smith, 1984, pp. 362-363).

En los "segundos" populismos las coaliciones se tornan más heterogéneas e inestables: esto parece advertirse tanto en Brasil, como en Argentina y Bolivia. La fascinación que despertó la Cuba castrista como posible nuevo "modelo" en algunos sectores de la dirigencia y militancia populistas contribuyó a este proceso de los años 60 y 70. Goulart, Torres y la izquierda peronista propusieron introducir rasgos más marcadamente clasistas en la estrategia de sus movimientos lo cual terminó por revelarse como un callejón sin salida (ver el impacto cubano en González Casanova, 1986, p. 130). En un nivel más superficial se encuentran también las interpretaciones que lo reducen todo a una relativa "debilidad" de los jefes de las segundas experiencias; así se contraponen el anciano Perón y la inexperta "Isabel" de 1973-1976 a los dinámicos Perón y Eva del primer peronismo; el imprudente Goulart al veterano Vargas y el improvisado Torres al metódico Paz Estenssoro. Este énfasis personalista ha sido muy común en muchas interpretaciones argentinas y no debe ser desechado de plano, sino integrado con la evidencia acerca de los conflictos reales entre sectores internos del movimiento (ver Buchrucker, 1988b).

En sentido estricto conviene reservar el concepto de *ideología política* para un tipo de discurso de considerable coherencia interna que se presenta en ciertos textos especiales y plantea una pretensión de validez universal. Es frecuente, y no del todo infundada, la crítica que sectores intelectuales han hecho al carácter a veces ambiguo e incompleto de las formulaciones ideológicas originadas en los populismos latinoamericanos. Ciertamente sus

textos no se adaptan fácilmente al patrón de los clásicos modelos europeos. Con todo, habría que ampliar esta reflexión, porque ni siquiera para el estudio de las corrientes políticas europeas resulta suficiente la categoría de "ideología". Creo conveniente insertar el concepto de "mentalidad" (o "protoideología") para que sirva como nexo entre el producto intelectual (relativamente elaborado y conceptualmente rígido) de alcance social limitado por un lado y las coaliciones sociopolíticas y las conductas reales por el otro. Por mentalidad entendemos en este sentido una constelación característica de intereses, temores, esperanzas y memorias, compartida por un gran conjunto de personas y referida a diversos temas de la sociedad. En una sociedad moderna muchos podrán no ser capaces de definir su "ideología"; pero múltiples expresiones verbales (a menudo desconectadas entre sí) y diversas acciones revelan la "mentalidad" con que todo adulto se inserta en la vida pública (los fundamentos de este enfoque pueden rastrearse en Ferrero, 1945 y Mannheim, 1941 y 1960).

En términos de ideología, los populismos latinoamericanos pueden caracterizarse como constituidos por la combinación de tres temas básicos: a) un nacionalismo políticamente defensivo frente a lo que es visto como el peligro representado por el hegemonismo global de las superpotencias, a lo que se agrega la orientación económica de un programa de industrialización sustitutiva de importaciones; b) la contraposición entre "oligarquía" y una visión sustancialista de la democracia; c) la estrecha unión entre la armonía de las clases no oligárquicas, el objetivo de la "justicia social" y la actividad del estado (ver Germani, 1978; Buchrucker, 1988b y García Delgado, 1989).

El tipo de mentalidad en que se apoya la ideología populista podría esquematizarse, de manera tentativa, como la conjunción de los siguientes cinco elementos:

—Intereses y esperanzas populares: 1) la esperanza depositada en la nueva coalición sociopolítica y su liderazgo para el logro de mejoras en el status, en el rol de los sectores sociales hasta entonces menos favorecidos; 2) un alto nivel de confianza en el aparato estatal como instrumento apto para traducir ésa y las demás orientaciones del populismo en resultados concretos.

—Un temor nacionalista: 3) el de perder identidad y autonomía como nación bajo las presiones ejercidas por los dos polos de la Guerra Fría.

—Un temor autoritario: 4) el de que el libre desarrollo de la diversidad y el conflicto internos impidan la realización tanto de los objetivos nacionales como sociales del movimiento.

—Una especial memoria histórica: 5) en los primeros populismos se apeará a los precursores; luego, las experiencias de los 60 y 70 se apoyarán en los recuerdos idealizados de los gobiernos anteriores. Este elemento fundamental del imaginario colectivo de toda gran fuerza política estuvo representado en Brasil por el varguismo de 1930-45, en la Argentina por el peronismo de 1945-55 y en Bolivia por el trágico gobierno de Villarroel (1943-46).

Por último, conviene revisar *el problema de las relaciones entre esta "mentalidad", las clases sociales y la praxis política*. Para una corriente interpretativa, la chance del populismo solo estaría dada en un caso como

el de la Argentina de 1945 en que encontraríamos “la burguesía industrial, las clases medias, el proletariado y las masas populares” carentes de “ideologías y políticas propias”. Pero el “incongruente” peronismo habría realizado “una política nacional burguesa” (ver Kaplan en González Casanova, 1986, pp. 23-25). Otro autor sostiene que el “reformismo obrero burocrático” del peronismo no habría sido sino una versión de la “ideología burguesa” inyectada en los obreros por la educación y los medios de comunicación (Vitale, 1992, pp. 175-176). El varguismo también ha sido interpretado con ayuda de esta tesis de la “manipulación” por Bambirra y Dos Santos (en González Casanova, 1986, p. 143). La base de tales concepciones se encuentra en la suposición de que a cada clase le corresponderían ideologías y políticas “propias” siendo el clasismo una etapa superior del desarrollo de la conciencia política. Sin embargo, los citados autores no aportan suficientes pruebas al respecto.

En el marco citanólico que aquí se presenta se parte de la idea de que no hay nunca tales correspondencias rígidas entre un agrupamiento socioeconómico, las ideas y la acción. Las mentalidades son influidas por los aparatos formadores de opinión, pero de ninguna manera enteramente “manipulables” ni irracionales, ya que se alimentan también de vivencias directas y personales de la gente (ver Germani, 1978). Lo que he esquematizado como mentalidad populista se presenta como una conjunción históricamente explicable y no artificialmente multclasista, cuyos nexos y límites en el espacio social oscilaron al ritmo de los impactos provenientes de la realidad. El texto ideológico puede ser congelado y canonizado por décadas; la mentalidad, que es su materia prima y sustrato dinámico no puede ser sometida a ese tratamiento. Y puesto que una esperanza o un temor no puede reducirse a una clase (al menos en una sociedad contemporánea), dichas expectativas emocionalmente cargadas actúan como ligazón entre los componentes sociales del movimiento. Así, los temores nacionalista y autoritario, además de la confianza extrema en el rol del estado, fueron compartidos por sectores procedentes tanto del empresariado, las fuerzas armadas y el clero, como por empleados y obreros. Todo esto no excluye la afirmación complementaria de que en cada uno de esos agrupamientos dichas actitudes y sentimientos recibieron un matiz especial.

Partiendo de esa óptica, la tan remanida “heterogeneidad” social de los populismos y sus imperfecciones ideológicas formales no sirven como explicaciones de las crisis que sufrieron periódicamente. Estas más bien aparecen a un nivel más profundo, como procesos de desintegración de las esperanzas, temores y memorias específicas cuando los desafíos de la realidad las transforman. La capacidad del estado populista se mostrará en determinadas coyunturas (por ejemplo, escaladas inflacionarias) muy por debajo de las expectativas; los sectores medios del movimiento no tendrán únicamente la primera etapa populista como memoria de éxito personal; los empresarios suspirarán por el proteccionismo pero se lamentarán de la maraña burocrática; nuevos acontecimientos exteriores, tales como el castrismo reforzarán ciertos miedos y producirán una reorientación de las esperanzas. No sólo al populismo, sino a todas las grandes fuerzas políticas se les plantean serias

dificultades para realizar políticas que satisfagan por igual y así estabilicen la mentalidad que mantiene unidas sus coaliciones socio-políticas. Aun así, lo que aquí entendemos por mentalidad tiene una relación fuerte con la praxis concreta de los gobiernos: las conductas autoritarias del peronismo de 1946-55 prácticamente no encuentran apoyo en la ideología explícita, pero sí guardan coherencia con ciertos temores y determinadas memorias. El llamado a las libertades y la democracia efectuado por muchos antiperonistas parecía perder autenticidad frente al recuerdo de que no pocos de éstos habían participado de las prácticas fraudulentas y represivas de la etapa 1930-43 (ver Buchrucker, 1987).

3.2. *Análisis y comparación: los conservadurismos autoritarios*

Comparando los conservadurismos autoritarios de Argentina, Brasil, Chile y Bolivia, se encuentran, a un nivel muy general, las siguientes *condiciones genéticas*:

- a) situaciones de deterioro económico.
- b) coaliciones populistas o liberal-democráticas en el gobierno, pero internamente divididas y desprestigiadas a nivel nacional.
- c) una situación que por ciertos sectores es interpretada como "amenazante", configurada por un alto grado de movilización sindical, poder electoral populista y socialista, a lo que puede agregarse la presencia de un desafío armado de minorías insurreccionales.
- d) la real o supuesta existencia de apoyo externo de origen marxista-leninista para activistas políticos y/o insurrectos.

En los casos concretos se advierten combinaciones específicas de los rasgos mencionados. Así, en la Argentina de 1966, no desempeñaron verdadero rol los factores a) y d), salvo en un nivel propagandístico, siendo en cambio decisivos b) y c), debiendo subrayarse que de poder socialista o guerrillero no podía hablarse seriamente. Chile en 1973 fue el único caso de golpe conservador-autoritario contra un gobierno socialista, aunque institucionalmente ese gobierno no respondiera al modelo leninista sino al liberal-democrático. Aun en este caso, pero más acentuadamente en los demás, el factor d) tuvo escaso peso en el equilibrio real del poder, debiendo figurar más bien como una fijación ideológica de la coalición golpista. Lo cierto es que lo normal en la génesis de estos regímenes fue que nacieran de la ofensiva contra gobiernos populistas carentes de apoyos internacionales (Brasil, 1964; Bolivia, 1964 y 1971; Argentina, 1976) o de un movimiento "preventivo" ante el crecimiento electoral-movilizador del populismo, como ocurrió en la Argentina de 1966 (detalles de los diversos casos nacionales en Skidmore y Smith, 1984; Wiarda y Kline, 1985; González Casanova, 1986; Black, 1986 y Needler, 1987).

Desde la *óptica sociopolítica*, los regímenes autoritario-conservadores representaron en lo fundamental una alianza entre los estratos altos y medios de la población conducida en algunos casos por jefaturas personalistas (Onganía, Barrientos, Pinochet), pero en general con acentos corporativo-

burocráticos en sus cúpulas (esto se ve claro en la Argentina de Levingston y Lanusse, después en la de 1976-1983). Como es natural, cada caso presenta matices propios: un buen sector de las clases medias antiallendistas pareció mucho más organizado y activista en la coyuntura chilena de 1972-73 que en la Argentina de 1966 o de 1976; en cuanto a la Bolivia posterior a 1952, se produce en ella una compleja transformación de su estructura social, no siendo las élites de 1964 y 1971 idénticas con la oligarquía anterior al MNR.

En cuanto ideología el conservadurismo autoritario se expresa como una yuxtaposición de los siguientes temas:

- un occidentalismo “segurista” en una reformulación “nacional”;
- una adhesión retórica a la “democracia”, prometida para un nebuloso futuro;

- un modelo de “armonía” conformista en lo social y cultural, supuestamente basado en la “moral” eterna y que rechaza la pluralidad y el conflicto;

- una “modernización” económica basada en la transferencia de poderes casi ilimitados a equipos tecnocráticos (de militares y civiles).

Con ligeras variaciones se encuentran los cuatro temas ideológicos en todos los casos nacionales citados (ver Andrain, 1983; Tapia Valdés, 1986 y Buchrucker, 1991b). A esto habría que matizarlo con una transformación específica: siguiendo tendencias provenientes del Hemisferio Norte, los regímenes de los tardíos años 70 enfatizaron el liberalismo monetarista, mientras que el desarrollismo y la confianza en el estado habían sido ingredientes de sus predecesores de los 60. La conexión del conservadurismo autoritario con el pensamiento militar argentino de la Guerra Fría ya ha sido comentada en la segunda parte de este trabajo.

La mentalidad en que se apoyaron estos regímenes puede esquematizarse como un conglomerado compuesto de la siguiente manera:

- Intereses y temores conservadores: 1) temor ante la izquierda, la que es percibida como un exceso de demandas y una amenaza a la legitimidad social de todos los propietarios; 2) temor al populismo, que es percibido como una versión desordenada y posible vehículo de la amenaza precedente.

- Un temor autoritario: 3) desconfianza profunda hacia la democracia, que es percibida como demasiado “permissiva” y “débil” frente al crecimiento de tendencias izquierdistas y populistas.

- Un temor nacionalista: 4) los modelos de sociedad y las prácticas emanadas de Moscú y La Habana aparecen como una gran amenaza externa a los rasgos que identifican la propia nación.

- Una esperanza conservadora: 5) puesto que las Fuerzas Armadas parecerían ser la institución más fuerte y además relativamente impermeable a las tendencias “peligrosas”, se espera de ellas un “saneamiento” general.

- Una especial memoria histórica: 6) bajo estos regímenes se reactivan idealizaciones de un pasado en el cual las amenazas no existían o parecían mejor controladas; en general se tratará de la época clásica de las oligarquías y de los cuerpos electorales reducidos (fines del siglo XIX y comienzos del XX), así como sus posteriores intentos de reconstrucción (por ejemplo 1930-43 en la Argentina).

Es interesante destacar lo siguiente: varios de los elementos que integran esta lista son mencionados en estudios que no parten de las mismas bases teóricas y no comparten afinidades políticas (ver González Casanova, 1986 para Argentina y Brasil; Wiarda y Kline, 1985 para Chile y Bolivia; Needler, 1987 para Argentina, Chile y Brasil).

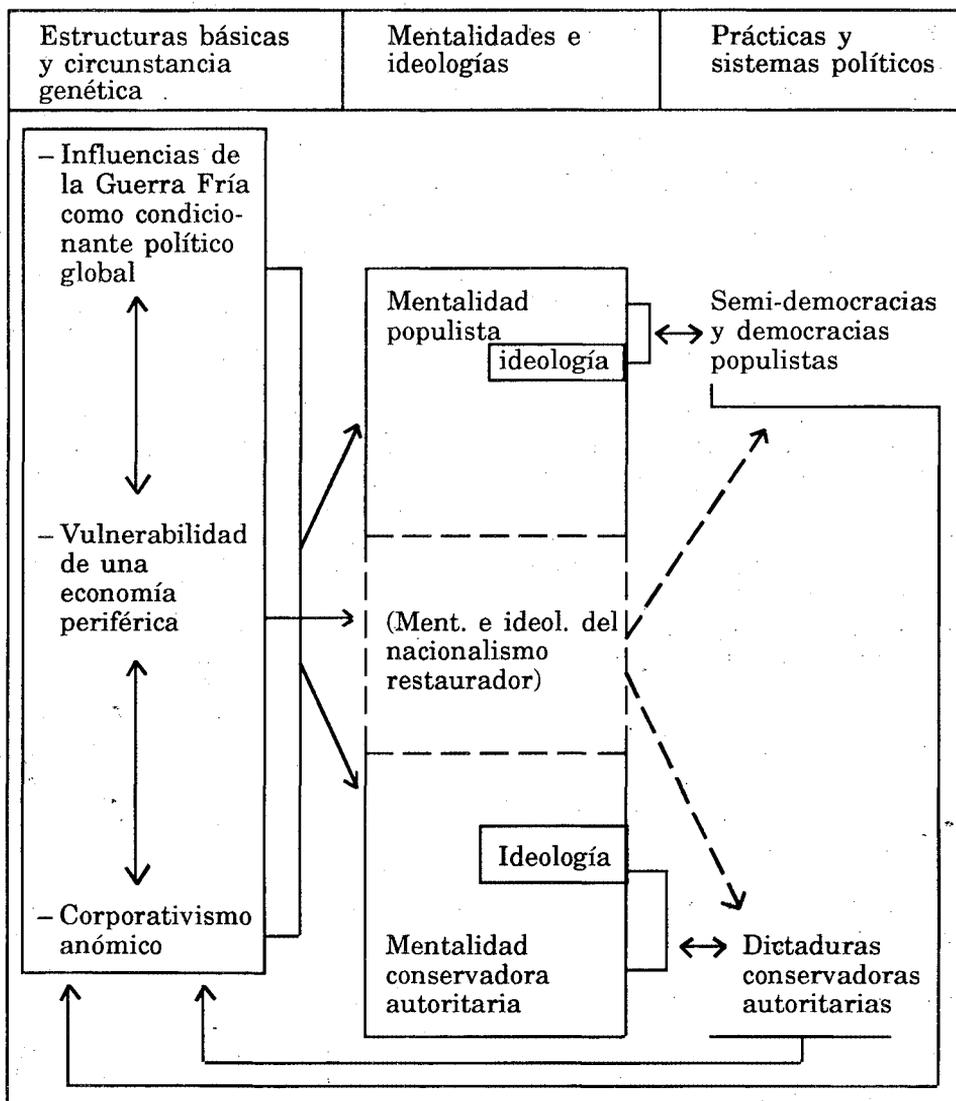
Comparando la mentalidad populista con su contraparte conservadora, las diferencias de contenido en los intereses, esperanzas, temores y memorias son muy claras. Pero además de eso resulta evidente que en el segundo tipo de mentalidad predominan los miedos, no siendo la ideología más que una sistematización y legitimación de los mismos. Un buen ejemplo es el caso argentino de 1965-66: en conversaciones reservadas preparatorias del golpe, los militares dan especial relieve a su preocupación por los "demagogos en una democracia desorganizada", el supuesto "incremento de la infiltración comunista" y la probable "victoria peronista en las elecciones de marzo de 1967" (CIA Reports 1946-76, 24/5/65 y 2/6/66).

Desde el punto de vista de una economía de los sentimientos y las actitudes, el conservadurismo autoritario se revela básicamente como una constelación negativa, como una suma de rechazos. De esta circunstancia extrajo su momentánea fuerza en determinados momentos críticos, pero también en ella residió su debilidad a largo plazo, ya que una reducción de los temores automáticamente erosionaba la legitimidad del régimen. En los populismos la dinámica típica entre mentalidad, ideología y realidad era otra: se manifestaba más bien en un crónico exceso de autoconfianza, centrado en las esperanzas y en la supuesta fortaleza de la propia coalición sociopolítica (recuérdese el lema "el pueblo jamás será vencido"). Esto inevitablemente llevaba a la subestimación de los factores y actores adversos.

Otro tema que conviene relacionar con este enfoque es el de los curiosos desplazamientos políticos de *los nacionalistas restauradores* de la Argentina. Su doble capacidad de alianza se hace más transparente si el análisis pasa del nivel relativamente abstracto de los textos ideológicos, al plano psico-social de las mentalidades. Por una parte, la especificidad de esta clase de nacionalismo frente al conservadurismo y el populismo está dada por la intensidad con que se alimentó de una memoria, la de la fascinación por los modelos fascistas y semifascistas europeos de los años 30 y 40. Pero en cuanto nacionalistas, los restauradores se sintieron atraídos tanto por el populismo (con el que compartían el temor ante el poderío económico anglosajón) como por el conservadurismo (con su obsesión por la amenaza comunista). Además, en su hostilidad hacia la democracia "formal" también se sentían atraídos por unos y otros, aunque las afinidades con los conservadores eran sin duda más marcadas. En el caso argentino, esta constelación de elementos explica por qué se encontraron, desde los 40 hasta los 80 grupos de nacionalistas restauradores tanto en el campo peronista como en el antiperonista. Pero también explica por qué varios de los más destacados representantes de esta corriente siempre sostuvieron que ellos no podían identificarse plenamente con ninguna de ambas coaliciones (ver detalles en Buchrucker, 1987, 1988b y 1992).

3.3. Pasado y futuro de las formas autoritarias

Reuniendo los hilos dispersos de lo que se ha dicho hasta ahora, podría efectuarse una representación esquemática de las dos constelaciones políticas dominantes en la historia reciente de América Latina. La dinámica general que el cuadro sugiere es la de un proceso de retroalimentación, pero conviene aclarar desde ya que esto no supone la postulación de un determinismo, sino la mera constatación de algo que fue real durante largas décadas.



Al hablar aquí de "*vulnerabilidad de una economía periférica*" me refiero a las conocidas características de un capitalismo cuyo modo de inserción en el mercado mundial se caracteriza por la interdependencia asimétrica: la excesiva concentración de las exportaciones en unos pocos bienes primarios o semielaborados con escasa capacidad para producir empleos; la problemática relación de los términos del intercambio; el papel marginal de estos países en el proceso de innovación científico-tecnológica. Sobre las causas de esta situación continúan las controversias de los economistas, pero la situación misma es un dato innegable (ver los aportes de Boeckh, Menzel, Nohlen y Thibaut en Lindenberg, 1982; Nohlen y Nuscheler, 1992a y b). Una de las consecuencias más importantes de esta realidad es que los estratos medios no alcanzaron en América Latina el volumen físico y tampoco la estabilidad, autoconfianza y prestigio que sus pares europeos obtuvieron después de 1945. Mientras que hacia 1960 las clases medias representaban entre el 40 y 50% de la población en Europa Occidental, las cifras de Bolivia, Brasil y Chile iban del 10 al 25% (ver Dahrendorff, 1971 y Di Tella, 1983). La otra consecuencia es que la extrema vulnerabilidad del ciclo económico contribuyó a desprestigiar la democracia (supuestamente "lenta" e "ineficaz") como marco institucional para la negociación de conflictos distributivos.

También merece una aclaración la frase sobre *el corporativismo*. Aquí no se refiere al modelo fascista, que fue una versión autoritaria, sino al reconocimiento de dos rasgos fundamentales: 1) toda sociedad contemporánea es relativamente corporativa, en cuanto agrupaciones estables y organizadas de intereses parciales tienen roles importantes en la vida económica, política y cultural (ver obras recientes sobre el tema en Loriaux, 1989); 2) la forma predominante del corporativismo en la América Latina del siglo XX ha sido tendencialmente anómica, porque a diferencia de la fenecida variante fascista o del tipo existente en el capitalismo desarrollado, en nuestras latitudes no se cristalizó un consenso operativo que estableciera reglas claras entre los individuos, los intereses organizados y el estado. La única regularidad que se advierte es una lucha de cada agrupamiento por apoderarse del máximo posible de recursos políticos y económicos a corto plazo, tratando de traspasar los costos a otros y asignándole muy bajo valor a la preservación de normas generales (ver Lühr en Lindenberg, 1982). El origen de esta situación puede situarse entre 1914 y 1930, cuando la estrecha fórmula de los consensos oligárquicos empezó a resquebrajarse ante las demandas de los nuevos actores sociales.

Algunas manifestaciones bastante obvias de este corporativismo anómico se ven en el gobierno y la sistemática evasión impositiva, pero también habría que agregarles el predominio de la mentalidad rentista y especulativa en detrimento del ahorro, la inversión productiva y la planificación. Dicha mentalidad muestra muy bien la constante interacción reforzadora entre dos estructuras básicas: por un lado las conductas características de la misma resultaban disfuncionales para elaboración de respuestas exitosas a los desafíos que surgían de la inserción vulnerable en la economía mundial; por

el otro, los impactos cíclicos de origen externo solían servir como excusa para continuar en la especulación.

Tanto el populismo como el conservadurismo autoritario pueden interpretarse como dos productos y dos respuestas diferentes de las mencionadas estructuras básicas. Fueron sus productos, porque la problemática derivada de esas estructuras, aún muchas veces distorsionada por exceso de simplificación, constituyó la materia prima que engendró los intereses, los temores y las coaliciones sociopolíticas respectivas; pero además fueron intentos de dar una nueva respuesta a los conflictos así suscitados. Desde la mirada retrospectiva actual puede advertirse que las dos coaliciones eran relativamente frágiles, que la efectividad de su obra tendía a ser anulada por un cierto equilibrio de fuerzas, que el deseo de expulsar total y definitivamente al otro bando del escenario y el cultivo maniático de nostalgias mitológicas cerraban el camino a políticas superadoras e impedían la fundación del indispensable consenso (sobre tales bloqueos en la Argentina ver Floria, 1983). Pero estas consideraciones son todavía demasiado generales; faltan algunas precisiones adicionales a los interrogantes centrales de esta última parte: el que se refiere *al nuevo rostro que estas fuerzas presentan hoy y al rol que puede caberles en un futuro previsible*.

Ante todo resultan llamativas *las discontinuidades*: en la pasada década los populismos (especialmente el argentino y el boliviano) se han transformado en muchos aspectos. Se encuentran ahora funcionando en el marco de sistemas electorales realmente democráticos, habiendo logrado una convivencia con antiguos opositores que se diferencia positivamente de épocas pasadas. Las minorías autoritarias han sido segregadas y empujadas hacia los márgenes del escenario público; el menosprecio de la "democracia formal" ha cedido a una revalorización de las instituciones y en lo económico se ha difundido un entusiasmo de neófitos por los principios liberales. La modernización e inserción competitiva en el mundo gracias a ciencia, tecnología y educación son temas que ocupan ahora un lugar central en el discurso, si bien bastante más modesto en la práctica (ver Carrizo de Muñoz, 1988).

Ante semejante panorama cabría preguntarse si hay todavía continuidad reconocible con el populismo que precedió a los años 80. Con todo, ésta existe, no sólo al nivel relativamente secundario de la composición personal de los equipos dirigentes sino al más significativo de la estructura social de las bases electorales. Así, en la Argentina, el peronismo, si bien ha perdido algunos votantes tradicionales a manos del riquismo, conserva el apoyo del grueso de los trabajadores. El segundo tema de continuidad es la reivindicación de la justicia social como objetivo, reivindicación que muchos críticos consideran difícil de compatibilizar con las políticas reales que se están desarrollando (por ejemplo: Bernal Meza, 1993). No corresponde aquí profundizar esa discusión, pero sí conviene apuntar a ciertos condicionamientos en el nivel de las mentalidades que por un lado explican la situación actual y por el otro plantean interrogantes para el futuro próximo. Esos condicionamientos están dados por *la expansión masiva de dos temores* que han preparado a la

población para reducir sus demandas y adoptar una actitud de resignación ante los sacrificios del “ajuste”:

a) La crueldad sin precedentes de la violencia represiva de los 70 ha dejado el miedo a su regreso y el consiguiente deseo de pagar otros costos con tal de impedirlo.

b) El estancamiento económico y la hiperinflación de fines de los 80 dieron el golpe de gracia a la declinante confianza en el estado como empresario sustituto. A cambio de la previsibilidad que da una moneda estable también creció la disposición a resignar otras expectativas.

El interrogante que se desprende de lo anterior es el siguiente: ¿Significa esto que las demandas populares jamás volverán a crecer en cantidad y calidad? Esto no parece probable, a juzgar por algunos síntomas muy recientes y teniendo en cuenta la dinámica inherente a la sociedad contemporánea. Lo cierto es que las memorias angustiadas y los temores mencionados otorgan todavía un plazo dentro del cual quizá podrían empezar a verse realizaciones más concretas de la justicia social que ninguna coalición populista puede ni quiere abandonar como orientación rectora. También a esto hay objeciones posibles: en las democracias del Primer Mundo nunca el partido de los propietarios y hombres de negocios ha podido ser al mismo tiempo el de los asalariados. Tanto en Europa como en América del Norte se da el hecho —natural y no traumático por otra parte— de que el partido más hábil para incentivar la acumulación capitalista y el partido que se especializa en la distribución deben turnarse en el poder a fin de responder a los desafíos y demandas de la sociedad. ¿Podrá cambiar la Argentina este modelo funcional, reuniendo en una sola coalición social de manera duradera dos tareas diferentes y conglomerados de intereses tan diversos?

En cuanto al conservadurismo autoritario, hoy no existe ninguna fuerza política que se proclame heredera integral de sus postulados, hecho que no es sorprendente y no necesita largas explicaciones. La constelación específica de miedos que constituyó su principal aglutinante en el pasado ha sido decisivamente debilitada por los acontecimientos de la historia reciente. Los temas principales que permiten reconocer los herederos actuales de esta corriente: 1) los intentos ocasionales por “reivindicar” el terrorismo de estado de los setenta; 2) las críticas de la sociedad pluralista hechas a partir de posiciones que apelan a un pseudo-moralismo arcaizante, eterno buscador de armonías supuestamente perdidas (ver Buchrucker, 1991b y 1992).

La idea de la democracia “sustancial” o “social” es en América Latina un legado populista que sigue siendo valioso, no ya como contrapropuesta frente al constitucionalismo liberaldemocrático, sino como un enriquecimiento del mismo. De hecho puede constatarse que en realidad coexisten hoy en el mundo tres maneras de entender la democracia: a) *la pseudo-democracia*, que no es sino un delgado velo de elecciones manipuladas tratando de ocultar masivas violaciones de la ley y los derechos de la oposición, como ocurre todavía en algunas partes de nuestro continente; b) *la democracia unidimensional*, en la cual se respeta verdaderamente el pluralismo político, pero

coexistiendo con estructuras semiautoritarias y oligopólicas en la vida económica y cultural; c) *la democracia multidimensional* (o sustancial) que también abre esas dos esferas de la vida a la cogestión, a la transparencia y a una efectiva igualdad de oportunidades para todos. Por supuesto que se trata de tipos ideales, y el tercero representa más bien una aspiración que una realidad; pero uno de los grandes ejes del conflicto político sigue pasando por esta divergencia de concepciones: los populismos y la izquierda moderada de cuño europeo compiten por el rol de abanderados de la democracia multidimensional, mientras que sectores que anteriormente fueron el sustento de regímenes militares tienden a asumir, ahora como conservadores democráticos, el papel de defensores de la versión unidimensional. El desplazamiento de nuestra realidad hacia una o otro de ambos tipos depende de muchas variables, pero siempre se efectuaría dentro de un espacio de coincidencias institucionales básicas que no existió antes de los 80.

Lo antedicho no implica desconocer que también es válida la pregunta que se plantean algunos observadores particularmente críticos: ¿No se mantienen acaso en Latinoamérica potenciales tendencias capaces de resucitar formas políticas autoritarias en un futuro próximo? En un sentido amplio podría responderse afirmativamente —sin que eso implique adoptar posturas paranoicas—. Ante todo conviene aceptar que *una mínima subcultura autoritaria* (entre el 5 y el 10% de la población) capaz de regenerarse indefinidamente también sobrevivió en la rica Europa occidental de posguerra y obviamente no tiene porqué desaparecer aquí. En sí misma no plantea una amenaza seria para la democracia, pero en combinación con *ciertos factores* externos a la misma, esta subcultura podría volver a crecer y revigorizarse (para Europa, ver Betz, 1991). Las consideraciones siguientes se refieren específicamente a la Argentina actual, pero algunas también convienen a otros países de nuestra región.

El primer factor está representado por la persistencia de una economía periférica, subdesarrollada y por ende altamente vulnerable. La recuperación de los últimos años no debe ser confundida con la transformación estructural de esta inserción desventajosa en el mercado mundial. Eso implica que un renacimiento del corporativismo económico, desencadenado por coyunturas recesivas, se mantiene como peligro latente. Hasta ahora la solidez de las convicciones democráticas de los principales actores sociales todavía no ha sido suficientemente puesta a prueba.

El segundo factor, estrechamente relacionado con el anterior, está dado por lo que se ha llamado la “deuda social” pendiente. La aceleración del cambio científico-tecnológico y la globalización económica podrían continuar ampliando la gran brecha ya existente entre ganadores y perdedores, integrados y marginados de la “modernización”. Entre 1970 y fines de los 80 América Latina sólo pudo reducir en ínfima medida el preocupante volumen de población que permanece debajo de la línea de pobreza: del 40 al 37% de los hogares (ver Nohlen y Nuscheler, 1992b). Aun en el caso de que en el futuro esos marginados no optasen por sumarse a proyectos armados de

protesta política, la creciente brecha constituye el mejor caldo de cultivo para un incremento de la criminalidad común y del narcotráfico. Y estos últimos fenómenos bastarían para reavivar los miedos y los reclamos de un “estado fuerte”, especialmente en las clases medias.

El tercer factor que podría coadyuvar al resurgimiento de tendencias autoritarias está constituido en ciertos tópicos bastante difundidos del discurso público de los años 90. El rasgo preocupante que unifica esos tópicos es que representan una renuncia al pensamiento riguroso, una actitud autocomplaciente y escapista ante las cuestiones de fondo mencionadas en los párrafos precedentes. En rápida enumeración se trata de lo siguiente:

1) El uso manipulatorio del tema “corrupción” para destruir la credibilidad del sistema político entero, reducir las libertades y anular la división de poderes (ejemplo latinoamericano más estrepitoso: el “autogolpe” de Fujimori en 1992).

2) El intento de descalificar a priori la aspiración hacia una democracia multidimensional proclamando la forma actual como el *non plus ultra* de la evolución humana y presentando como peligrosos subversivos a quienes disientan de tal interpretación.

3) La confusión —ingenua o interesada— entre la deseabilidad de un orden internacional armónico y su vigencia efectiva. Es bueno que se denuncie el nacionalismo xenófobo y militarista; pero no tiene sentido pretender soslayar o quitarle importancia al hecho de que más allá de la retórica librecambista perduran las políticas nacionales y que la mitad del comercio mundial sigue siendo un intercambio administrado, subsidiado y cuotificado. Sobre esta base adquiere plena validez la advertencia de un estudioso europeo: “Los peligros inherentes al nacionalismo —la amenaza de que se transforme en una delirante sobreestimación del propio grupo— no debería ocultarnos el hecho de que también en el futuro el nacionalismo seguirá contando como un factor insoslayable para el desarrollo.” (Senghaas, 1992, pp. 31-32).

4) El establecimiento de falsas prioridades como “la victoria en la guerra contra el narcotráfico”, un eslogan pseudo-bélico heredado de la era de Reagan que pretende desviar la atención de una verdad evidente para cualquier observador serio: la de que el problema de la droga no puede resolverse de esa manera, puesto que es un subproducto natural y necesario de las condiciones económicas, sociales y culturales de nuestra civilización. La persistencia en querer reducir la cuestión a sus facetas policíacas o de ampliarla hacia lo militar sólo producirá frustraciones y la difusión de una mentalidad paranoide hostil al espíritu democrático.

El conservadurismo autoritario, en su figura clásica de dictadura militar abierta, difícilmente retornará, aun en caso de producirse una conjunción crítica de todos los factores reseñados. En cambio no sería impensable la regresión hacia una forma encubierta por un manto pseudo-democrático, al estilo de la Constitución de Pinochet o del Brasil de comienzos de los años 80. En este sentido, el tema del autoritarismo no ha pasado a ser aún totalmente “histórico”.

Bibliografía

- Altmann, W. y otros, *El populismo en América Latina* (México, 1989).
- Andrain, C.F., *Foundations of Comparative Politics* (Monterrey, 1983).
- Bardèche, M., *Qu'est ce que le fascisme?* (París, 1961).
- Bernard, J.P. y otros, *Guide to the Political Parties of South America* (Hermondsworth, 1973).
- Bernal Meza, R., "Crisis e inserción internacional: la fragilidad de la recuperación democrática en América Latina", en Bernal Meza, R., Thiago Cintra, J. y otros: *Integración solidaria, reconstrucción de los sistemas políticos latinoamericanos* (Caracas, 1992).
- Betz, H.G., "Radikal rechtspopulistische Parteien in Westeuropa..." en *Aus Politik und Zeitgeschichte*, Nº 44, 25/10/91.
- Bracher, K.D., *Zeit der Ideologien. Eine Geschichte politischen Denkens im 20. Jahrhundert* (Stuttgart, 1982).
- Briones, A., *Ideología del fascismo dependiente* (México, 1978).
- Buchrucker, C., "La tentación fascista en la Argentina", en *Criterio*, Nº 1951, 1985.
- , "Historia de las ideologías y politología", en *Todo es Historia*, Nº 286, 1987a.
- , *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial. 1927-1965* (Buenos Aires, 1987b).
- , "El nacionalismo como problema de la historia de las ideologías", en *Revista de Historia Universal*, U.N. de Cuyo Nº 1, 1988a.
- , "Unidad y diversidad en las corrientes internas del justicialismo", en Miguens, J.E. y Turner, F.C. (comp.): *Racionalidad del peronismo* (Buenos Aires, 1988b).
- , "Temores y esperanzas en la Revolución de 1918. Legitimidad y conflicto en la República de Weimar", en *Rev. de Historia Universal*, Nº 4, 1991a.
- , *Las derechas en el ascenso y caída de la Segunda Guerra Fría* (Mendoza, 1991b).
- , "El proteico nacionalismo", en Juárez Centeno, C. y Bonetto de Scandogliero, M.S. (comp.): *La ideología contemporánea* (Córdoba 1992).
- , "El pensamiento político-militar (investigación en marcha) [1993].
- Carrizo de Muñoz, N., "Balance crítico sobre el populismo" en *Rev. de Historia Americana y Argentina*, UNC 1988, Nº 27/28.
- CIA Reports, *Central Intelligence Agency Reports: Latin America 1946-1976*, Frederick, MD, University Publications of America.
- Collier, D., *El nuevo autoritarismo en América Latina* (México, 1985).
- Chomsky, N. y Herman, S., *The Washington Connections and Third World Fascism* (Boston, 1979).
- Chumbita, H., *El enigma peronista* (Buenos Aires, 1989).
- Dahrendorff, R., *Gesellschaft und Demokratie in Deutschland* (Munich, 1971).
- Del Barco, R., "Del gobierno militar al régimen peronista (1943-55)", en *Criterio*, Nº 1894/1895, 1982.
- Deutsch, K., *El nacionalismo y sus alternativas* (Buenos Aires, 1971).
- Di Tella, T.S., *Sociología y clase obrera* (Buenos Aires, 1985).
- , *Política y clase obrera* (Buenos Aires, 1983).
- Ebenstein, W., "Analyse des Totalitarismus", en Seidel, B. y Jenkner, S. (comp.), "Wege der Totalitarismus-Forschung" (Darmstadt, 1968).
- Fayt, C., *La naturaleza del peronismo* (Buenos Aires, 1987).
- Ferrero, C., *Pouvoir. Les génes invisibles de la cité* (París, 1945).
- Floria, C., *Guía para una lectura de la Argentina Política* (Buenos Aires, 1983).
- Fraga, R., *La cuestión militar 1987-1989* (Buenos Aires, 1989).

- Galtung, J., "Cultural Violence", en *Journal of Peace Research*, Vol. 27, Nº 3, 1990.
- García Delgado, D., *Raíces cuestionadas. La tradición popular y la democracia* (Buenos Aires, 1989).
- Germani, G., *Authoritarianism, Fascism and National Populism* (New Brunswick, 1988).
- González Casanova, P., (Coord.) *América Latina. Historia de medio siglo. 1. América del Sur* (México, 1986).
- Gregor, A.J., *Contemporary Radical Ideologies. Totalitarian Thought in the XX Century* (New York, 1968).
- Hagtvet, B. y Kühnl, R., "Contemporary Approaches to Fascism", en Larsen, S.U. y otros (Ed.) *Who Were the Fascists. Social Roots of European Fascism* (Bergen, 1980).
- Kitchen, M., *Fascism* (Londres, 1976).
- Kocka, J. y Nipperdey, T., (Eds.) *Theorie und Erzählung in der Geschichte* (Munich, 1979).
- Kühnl, R. (comp.) *Faschismustheorien*, vol. 2 (Reinbek, 1979).
- Lewis, P.H., "Was Peron a Fascist?", en *The Journal of Politics*, vol. 42, Nº1, 1980.
- Lindenberg, K., (Ed.) *Lateinamerika: Herrschaft, Gewalt und internationale Abhängigkeit* (Bonn, 1982).
- Loriaux, M., "Comparative Political Economy as Comparative History", en *Comparative Politics*, abril 1989, pp. 355-377.
- López, E., "Doctrina de la Seguridad nacional", en Di Tella, T.S. (Supervisión), *Diccionario de ciencias sociales y políticas* (Buenos Aires, 1989).
- Löwenthal, A. y Fitch, J.S., (Eds.), *Armies and politics in Latin America* (New York, 1986).
- Lozada, S.M. y otros, *La ideología de la Seguridad Nacional* (Buenos Aires, 1983).
- Mannheim, K., *Ideología y utopía* (México, 1941).
- , *Sociología sistemática*, (Madrid, 1960).
- Miguens, J.E., "Actualización de la identidad justicialista", en Miguens y Turner, *Racionalidad del peronismo* (Buenos Aires, 1988).
- Mosse, G.L. y otros, *Internationaler Faschismus, 1920-45* (Munich, 1966).
- Needler, M.C., *The problem of Democracy in Latin America* (Lexington/Toronto, 1987).
- Nohlen, D. y Nuscheler, F., (Eds.), *Handbuch der Dritten Welt (1.) Grundprobleme-Theorien-Strategien* (Bonn, 1992a)
- , *Handbuch der Dritten Welt (2.) Südamerika* (Bonn, 1992b).
- Nolte, E., *Die Faschistischen Bewegungen*, 2ª ed. (Munich, 1969).
- , *Der Faschismus in seiner Epoche*, 4ª ed., (Munich, 1971).
- Payne, S., *El fascismo* (Madrid, 1982).
- Perlmutter, A., *Modern authoritarianism. A Comparative Institutional Analysis* (New Haven/Londres, 1981).
- Pion-Berlin, D., "Theories on Political Repression in Latin America", en *PS*, Vol. 19, Nº1, 1986.
- , "Latin American National Security Doctrines. Hard and Softline Themes", en *Armed Forces and Society*, Vol. 15, Nº de Primavera, 1989.
- Potashnik, M., *Nacismo National Socialism in Chile* (Los Angeles, 1974).
- Rock, D., *Argentina, 1516-1982* (Berkeley/Los Angeles, 1985).
- , *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública* (Buenos Aires, 1993).
- Rouquié, A., *La tentación autoritaria* (Avellaneda, 1991).
- Rubin, B., *Modern Dictators* (New York, 1987).